

Jorge Di Paula, un “arquitecto social”

Benjamín Nahoum

En otro lugar¹ y con casi este mismo título, he contado cómo y cuándo conocí a Jorge Di Paula, lo que sabía de él entonces y lo que fui sabiendo después, en los múltiples contactos que fuimos teniendo en diferentes espacios, hasta encontrarnos, junto con Walter Kruk, en 1993, para integrar el Comité Editor de esta revista, “Vivienda Popular”, que condujo toda la primera época de la publicación, entre 1997 y 2005: los primeros dieciséis números. Ese período fue tan rico e intenso que en este lugar sería imposible referirse a otra cosa.

La revista comenzó como parte de un Proyecto de Fortalecimiento Institucional (PROFI) del tema vivienda en la Facultad de Arquitectura, que produjo además, entre otras cosas, la constitución del Equipo de Evaluación de Programas y Tecnologías para la Vivienda Social, en el entonces Instituto de la Construcción de Edificios (ICE), que en aquel momento dirigía la también

inolvidable Felicia Gilboa, que asimismo fue la primera responsable de aquel equipo.

Yo soñaba hacía tiempo con que hubiera una revista que tratara en profundidad, pero en forma accesible para todos, lo que en la academia llamamos “vivienda de interés social” “producción social del hábitat” y otros nombres, y que en la militancia social seguimos llamando “vivienda popular”. Y cuando empezamos a darle vueltas a la idea, con gente de varios ámbitos de la Facultad, pero sobre todo de la Unidad Permanente de Vivienda (UPV), que dirigía Jorge, y del ICE de Felicia, la llamita prendió, y Jorge y Walter fueron los que frotaron las piedritas para que así fuera.

Al final, visto en perspectiva, el más beneficiado con el PROFI fui yo mismo, ya que me permitió trabajar con tres personas tan valiosas como Felicia, Jorge y Walter, que me abrieron

¹ El número 1 del año IV de la Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía, Montevideo, Enero-Junio 2019.

las puertas de la Facultad, y con muchas y muchos otros que le dábamos pedal a esas ideas.

Esa primera época fue muy fecunda y plena de vicisitudes. Desde luego la mayor no era hacer una revista, ni tampoco mantenerla, sino sostenerla económicamente, dado que los recursos del PROFI sólo cubrían los primeros números y después había que autofinanciarse. Y el otro gran tema era la distribución, que se volvía clave para el financiamiento, porque el único ingreso seguro, aunque insuficiente, era el que provenía de la venta.

Para nosotros era muy sencillo escribir (temas e ideas no faltaban); tampoco era un obstáculo, aunque no fuera tan simple, conseguir que los colegas docentes, y también los estudiantes y profesionales, aportaran materiales; no era problema editar ni diagramar, tarea que durante la mayor parte del tiempo llevó a cabo Guillermo Dutra, pero en cambio la distribución y la venta, aun con el apoyo del Centro de Estudiantes, CEDA, nos era materia desconocida y difícil, aunque probamos muchas alternativas.

Para resolver esto fueron claves, primero, un acuerdo con la Red de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo, CYTED, que tenía el apoyo de la Agencia de Cooperación Internacional de España, que permitía asegurar la colocación de un número importante de ejemplares en la re-

gión, al convertirse la revista en una plataforma que difundía noticias y trabajos de HABYTED, el espacio de CYTED que trataba los temas de hábitat y vivienda, y en el que Walter y Jorge tenían participación importante.

Un segundo acuerdo, esta vez con la Sociedad de Arquitectos del Uruguay, durante el período en que Ricardo Muttoni ejerció su presidencia, permitió poner en práctica un procedimiento similar, esta vez asegurando la llegada de la revista a todos los socios de SAU.

Pero tanto HABYTED como la SAU tiempo después pasaron por otras etapas y otras conducciones, que se propusieron rever sus políticas de comunicación, y como pasa a menudo, el primer paso fue dejar en suspenso lo que ya estaba funcionando, con lo cual hubo que empezar a pedalear de vuelta.

Una dificultad no menor para todo esto era que estábamos tratando de imponer un tema que, pese a su importancia, no era objeto de estudio curricular sino muy periféricamente en la Universidad, y que tampoco era fuente de fama y fortuna. Por eso, aunque la revista era y sigue siendo fuente obligada de consulta bibliográfica de quienes se interesan en la vivienda social, transformarla en fuente de ingresos para el autosostenimiento nunca fue sencillo.

En toda esa etapa Jorge fue fundamental, desde muchos puntos de vista. Con su contribución intelectual, desde luego, y eso queda reflejado en el artículo de María del Huerto Delgado que forma parte de esta sección y que reseña esa contribución; pero también con su permanente aporte de ideas e iniciativas, con su sereno optimismo, no exento de la cuota de sana locura que estas cosas exigen, y con el soporte que la UPV que él dirigía dio a la revista, de la cual era la base logística.

La primera época –y casi la revista– terminó en 2005, cuando una disposición adoptada por la Facultad sobre la edad límite para ejercer la docencia, llevó al alejamiento de Jorge primero, y luego de Walter. Todavía hubo tiempo para un intento apoyándose en la red interdisciplinaria de Hábitat y Vivienda de la UdelaR, REAHVI, de la que Jorge, tejedor de redes, era puntal y fue coordinador, pero esa idea no consiguió prosperar, ante el problema de siempre: el financiamiento. La segunda época, que nace en 2008, es parte de otra historia, en la que no corresponde entrar aquí, y de la cual Jorge siguió siendo protagonista con sus colaboraciones, sobre las muchas cuestiones originales que se le ocurrían, fruto de su permanente reflexión sobre el tema, y a las que siempre estaba dándoles alguna vuelta.

Termino estos recuerdos, hilvanados con centro en la historia de esta revista que aún hoy

pervive, con algo que ya escribí en el artículo que mencionaba al comienzo: que Jorge fue uno de esos escasos pero muy valiosos ejemplos de “arquitecto social”, siempre preocupado por la arquitectura y lo material, pero también por la gente, por cómo poner su conocimiento al servicio de las necesidades y la calidad de vida de la gente. Por eso le inquietaban sobremanera los temas de la gestión, la interdisciplina y las “tecnologías blandas”, las relaciones entre las gentes y las relaciones en y con la sociedad.

Y eso no porque despreciara las “tecnologías duras”, lo proyectual ni lo constructivo, sino, probablemente, porque ya había bastante gente ocupándose de eso, y muy poca de esto otro y porque ésa era su vocación. Por eso prefería verse como un “arquitecto actor” antes que como un “arquitecto autor”, imagen que manejaba con mucha frecuencia, quizá porque ponía, en este tema y en las circunstancias actuales, la interrelación con la gente y la participación, por encima de lo que pudiera producir el genio individual.